

CAPÍTULO VII.

PERPETUIDAD DE LA FE. — LÓGICA Y GRAMÁTICA DE PORT-ROYAL.

El uso fatal que hicieron de la lengua francesa los solitarios de Port-Royal les procuró no obstante una grande ventaja, y fue la de parecer originales, cuando no eran mas que traductores ó copistas. En todos los géneros posibles de literatura y de ciencias, el que se manifiesta primero con cierta brillantez, es el que obtiene los aplausos y la fama, y la conserva aun despues que otros le hayan aventajado. Si el célebre Cervantes escribiese hoy su *ingenioso Hidalgo*, acaso no se hablaría de él, ó se hablaría de él mucho menos. Citaremos sobre el asunto de que se trató uno de los libros que hacen mas honor á Port-Royal, á saber: la *Perpetuidad de la fe*. Léase á Belarmino, á los hermanos Wallembourg, léase sobre todo la obra del canónigo regular Garet¹, escrita precisamente sobre el mismo asunto, y se verá que de la multitud de textos citados por Arnaldo y Nicole no háy acaso uno que les pertenezca; pero ellos eran de moda, y escribían en francés; Arnaldo tenia parientes y amigos de mucho influjo, y su secta era poderosa. El Papa para asegurar una paz aparente, se creía obligado á admitir la Dedicatoria de la obra, y en fin la nacion (y este es el gran punto sobre la suerte de los libros) añadía su influencia al mérito intrínseco de la obra. No era menester mas para que se hablase de la *Perpetuidad de la Fe*, como si nunca se hubiese escrito sobre la Eucaristía en la Iglesia católica.

¹ *Ioh. Garetii, de Veritate Corporis Christi in Eucharistia*: Antwerp. 1569 en 8.º ¿Qué dama francesa habrá dicho jamás: *Querida, has leído á Garet?* Mil lo habrán dicho de la *Perpetuidad de la fe*. luego que salió á luz.

Las mismas reflexiones pueden aplicarse á los mejores libros de Port-Royal; por ejemplo á su *Lógica*, que cualquier francés igualará, y aun excederá, *stans pede in uno*, con solo que tenga sentido comun, sepa la lengua latina y la suya propia, y tenga valor para encerrarse en una biblioteca en medio de los escolásticos antiguos, que exprimirá, *segun el arte*, para extraer una bebida francesa¹.

La *Gramática general*, que ha logrado tanta celebridad en Francia, daría tambien lugar á observaciones curiosas. La necedad solemne de *las lenguas inventadas* se encuentra allí en todos los capítulos. Condillac en persona no es mas ridiculo; pero no es cosa de tratar aquí de estas grandes cuestiones; y así no indicaré, y aun eso rápidamente, sino uno ó dos puntos muy propios para dar á conocer el espíritu y los talentos de Port-Royal.

Nada hay mas conocido que la definicion del *verbo* que trae esta gramática: Es, dice Arnaldo, *una palabra que significa la afirmacion*². Algunos metafísicos franceses del último siglo salieron fuera de sí de admiración al ver la exactitud de esta definicion, sin sospechar siquiera que admiraban á Aristóteles, de quien es verdaderamente, y de quien estaba literalmente tomada; pero conviene hacer ver cómo se condujo Arnaldo para apropiarse las ideas del filósofo griego.

Aristóteles habia dicho en su estilo único, y en una lengua única, «que el verbo es una palabra que sobresignifica el tiempo, y siempre expresa lo que se afirma de alguna cosa³.»

¹ El pasaje mas útil de la *Lógica* de Port-Royal es sin duda alguna el siguiente: *Hay motivo para dudar si la lógica es tan útil como se imagina*. (Parte III, del *Raciocinio*). Esto, en boca de gentes que escriben una lógica, es lo mismo que decir: *Que esta es enteramente inútil*. El mismo era el sentir de Hobbes, que dice: *Todos estos secos discursos, etc.* (Tripod. núm. 11, pág. 29).

² C. 13, *Del verbo*.

³ Arist. *De interpret.* c. 3.

¿Y qué hace Arnaldo ¹? Transcribe la primera parte de esta definición; y como ha observado que el verbo, además de su significacion esencial, expresa aun tres accidentes, *la persona, el número y el tiempo*, censura seriamente á Aristóteles de haberse limitado á esta tercera significacion. Se guarda, sin embargo, de citar las palabras de este filósofo, ni el lugar de sus obras de donde está tomado el pasaje; y solamente de paso lo da como un hombre que no ha visto, por decirlo así, mas que *un tercio de la verdad*. Escribe luego dos ó tres páginas, y libre entonces de este pequeño Aristóteles, que ya cree haber hecho olvidar, copia la definición entera, y se la atribuye sin cumplimientos ².

Estos son los escritores de Port-Royal, *plagiarios de profesion, extremamente hábiles en borrar la marca y señal del propietario en todos los efectos robados*. El cargo que tan agudamente hacia Ciceron á los Estóicos, puede hacerse á la escuela de Port-Royal con una precision rigurosa.

El famoso libro de la *Gramática general* está además sujeto al anatema pronunciado contra todas las producciones de Port-Royal, á saber: «que todo, ó casi todo lo que han hecho es malo, aun lo que han hecho de bueno.» Ni se crea esto un puro juego de palabras: es una realidad. La *Gramática general*, por ejemplo, aunque contiene muy buenas cosas, es no obstante el primer libro que ha inclinado el espíritu de los franceses hácia la metafísica del lenguaje, la

¹ Arnaldo, ó sea Lanceloto, lo que no importa nada: basta advertirlo.

² Nadie, á mi parecer, imaginará que Aristóteles haya podido ignorar que el verbo expresa la persona y el número. Así, pues, cuando dice *que el verbo es lo que sobresignifica el tiempo*, esto significa *que esta palabra añade la idea del tiempo á las demás que encierra el verbo*; ó en otros términos: *que estando destinado por esencia á afirmar, como todo el mundo sabe, sobreafirma tambien el tiempo*. Además, cuando al instante añade: *Y el verbo siempre es el signo de la afirmacion*, ¿por qué aprovecharse de este pasaje, y sutilmente robársele al propietario?

cual ha sofocado el estilo sublime. Como esta especie de análisis es para la elocuencia lo que la anatomía para el cuerpo disecado, una y otra suponen la muerte del *objeto analizado*, y por colmo de actitud en esta comparacion, una y otra se divierten comunmente en matar por el placer de disecar.

CAPÍTULO VIII.

PASAJE DE LA-HARPE, Y DIGRESION SOBRE EL MÉRITO COMPARADO DE LOS JESUITAS.

Me admira á la verdad en extremo La-Harpe cuando en no sé qué parte de su *Liceo* decide « que los solitarios de « Port-Royal fueron muy superiores á los Jesuitas en la « composicion de libros elementales. » No examinaré si los Jesuitas fueron creados para componer Gramáticas, de las cuales la mejor no puede servir de otra cosa sino de enseñar á aprender; mas aunque esta pequeña superioridad mereciese la pena de disputarse, parece que La-Harpe no tenia noticia de la *Gramática latina de Álvarez*, del *Diccionario de Pomey*, el de *Joubert*, el de *Lebrum*, el *Diccionario poético de Vaniere*, la *Prosodia de Riccioli* (que no tuvo á menos descender hasta aquel punto), las *Flores de la latinidad*, el *Indicador universal*, el *Panteon mitológico* del mismo *Pomey*, el pequeño *Diccionario de Sanadon*, para la inteligencia de Horacio, el *Catecismo de Canisio*, la *Odisea abreviada de Giraudeau* nuevamente reproducida¹, y otras mil obras de este género. Los Jesuitas se habian ejercitado sobre toda especie de enseñanzas elementales, en términos que en las escuelas

¹ *Manual de la lengua griega*: Paris, 1802, en 8.º El opúsculo de Giraudeau por su parte habia reproducido la idea de Lubin (*Clavis linguae graecae*), donde las raíces están como engastadas, por decirlo así, en un discurso seguido, hecho para conservarse en la memoria. *El jardín de las raíces griegas* es lo menos filosófico que se puede imaginar. Dicen que Yilloison las sabia de memoria. Todo es bueno para los hombres superiores; pero los libros elementales hechos para ellos, de nada sirven. Por lo demás, si se quiere que los versos técnicos de Port-Royal tengan el mérito de los guijarrillos que Demóstenes metia en la boca cuando declamaba á la orilla del mar, no tengo dificultad en ello. Es preciso siempre ser justo.

marítimas de Inglaterra, hasta estos últimos tiempos, se ha estudiado por un libro compuesto antiguamente por estos Padres, al cual no daban otro nombre sino el *libro del Jesuita*¹.

Tambien es justo recordar las ediciones de los poetas latinos hechas por los Jesuitas, con una traduccion en prosa latina, elegante por su simplicidad, y notas que la sirven de complemento. Esta es sin contradiccion la idea mas feliz que puede haber ocurrido á un hombre de gusto, para adelantar el conocimiento de las lenguas antiguas. El que para entender un texto se halla obligado á recurrir al Diccionario, ó á la traduccion en lengua vulgar, debe necesariamente confesar que es extranjero respecto de la lengua de aquel texto; pues que no la entiende sino en la suya, reflexion habitual de que resulta una especie de desaliento; pero el que comprende el griego y el latin con el auxilio de las mismas lenguas griega y latina, lejos de hallarse humillado, por el contrario se ve continuamente animado por la doble ventaja de entender la interpretacion y por ella el texto. Es preciso haber experimentado esta especie de emulacion de sí mismo, para concebirla perfectamente. Sabemos que la idea de estos traductores no es nueva, y que los gramáticos antiguos la habian empleado para explicar á los griegos sus propios autores, mucho menos inteligibles entonces para el comun de los lectores, de lo que comunmente se cree². Mas sin exa-

¹ Un almirante inglés me aseguró, no hace diez años, que habia recibido sus primeras instrucciones en el *libro del Jesuita*. Si los sucesos se toman por los resultados, no hay mejor libro en el mundo; y en caso contrario, siendo todos estos libros iguales, no vale la pena de combatir por la superioridad en este género.

² Algunos han llegado á creer que en los tiempos antiguos sucedia lo mismo que en los nuestros, y que todo lo que no era absolutamente pueblo, ó por mejor decir plebe, leia á Homero y á Sófoles, como hoy se lee á Corneille y á Racine: sin embargo, nada es mas falso. Pindaro declara expresamente que no quiere que lo entiendan sino los sábios. (*Olimp. II, str. vers. 149 y 599*). Un bello epigrama de la *Anthologia*, de cuyo lugar no me acuerdo, hace hablar á Tucídides en el mismo sentido. Era preciso, pues, traducir á Tucídides en grie-

minar si los editores Jesuitas tenían esta feliz idea de otros, ó de sí, por lo menos no puede quitárseles el mérito de haber reproducido un método muy filosófico, y de haber sacado de él mucho partido, sobre todo en el *Virgilio* del Padre de la Rue, que el mismo Heyne en persona (*at quem virum!*) no ha podido hacer olvidar.

¡Y cuánto no se debe también á estos doctos religiosos por las ediciones corregidas que trabajaron con tanto cuidado y tanto gusto! Los siglos de los clásicos eran tan corrompidos, que los primeros ensayos de Virgilio, el mas moderado de aquellos autores, alarman al padre de familia que los pone en las manos de su hijo. La química laboriosa y benéfica, que desinfectó estas bebidas antes de que llegasen á los labios de la inocencia, vale algo mas sin duda que un método de Port-Royal.

El Método latino de esta escuela no iguala ni con mucho al de Álvarez, y el Método griego no es en el fondo mas que el de Nicolás Clenard, desembarazado de su farrago, si, pero privado al mismo tiempo de muchos trozos utilísimos, como por ejemplo, de sus *Meditaciones griegas*, que segun todas las apariencias produjeron en el último siglo las *Meditaciones chinas* de Fourmont. En este género, como en todos los demás, los Port-Royalistas no fueron mas que traductores,

go para los griegos, así como en los tiempos modernos Pamelio ha traducido á Tertuliano en latin, en la edicion que ha dado de este enérgico apologista. Aun hay mas: en el diálogo de Ciceron sobre el Orador, Antonio, á quien Ciceron acaba de alabar por su grande inteligencia en las letras griegas, declara no obstante, que él no entiende sino á los que han escrito para que los entendiesen, y que no comprende las voces de los filósofos, ni de los poetas. (*De Orat. c. 59*). Esto parece apenas explicable. No era, pues, Westein muy paradójico, cuando afirmaba (*Dissert. de acc. graec. pág. 59*), «que los antiguos autores griegos, y sobre todo Homero, eran tan poco inteligibles á los griegos que les sucedieron, como para un flamenco el alemán ó el inglés.» Y Burgess pensaba igualmente que «en los bellos tiempos de la lengua griega, la lengua de Homero era muerta para los griegos (*obsoleverat*).» (V. *Ric. Dawes Miscell. edit. Burghesii: Oxon, 1785, en 8.º, pág. 416, et Will. in proleg. VI, not.*).

y si parecieron originales, fue porque tradujeron sus plagios.

Por lo demás, todos los *Métodos* de Port-Royal están hechos contra el método. Los principiantes no los leen aun, y los hombres adelantados no los leen ya. La primera cosa que se olvida en el estudio de una lengua, es la gramática. Y sobre esto apelo á cualquiera hombre instruido, que no sea un profesor de la facultad; y si se quiere saber lo que valen estos libros, basta recordar que uno de los grandes helenistas que posee hoy la Alemania, acaba de asegurarnos que aun están por echar los fundamentos de una verdadera Gramática griega¹.

Los Jesuitas, sin descuidar los libros elementales que escribieron en gran número, hicieron algo mas y mejor que Gramáticas y Diccionarios; pues compusieron libros clásicos, dignos de ocupar á los gramáticos. ¿Qué obras de latinidad moderna pueden compararse con las de Vaniere, de Rapin, de Commire, de Sanadon, de Desbillons, etc.? El mismo Lucrecio, si se exceptúan sus rasgos de inspiracion, no puede compararse ni en la elegancia, ni en la dificultad vencida al *Arco Iris* de Nocetti, ni á los *Eclipses* de Boscovich.

La mano de un jesuita formó hace tiempo un dístico para la portada del Louvre²: otro jesuita hizo lo mismo para la estatua de Luis XIV, que está colocada en el jardin del Rey

¹ «Multopere falluntur, parumque quo in statu sit graecae linguae cognitio intelligunt, qui vel fundamenta esse iacta graecae grammaticae credunt.» (*Goth. Hermanni de Ellipsi et Pleonasmio in graeca lingua. In Museo Berol. vol. I, fasc. I, 1808, in 8.º, pag. 234 et 235*). ¡Estamos, pues, muy adelantados! Por fortuna las cosas irán como han ido, y siempre aprenderemos á aprender en las gramáticas; nosotros aprenderemos siempre conversando con los autores clásicos, y entenderemos á Homero y á Platon, no mejor que nuestros antepasados, pero tan bien como nuestros sucesores.

² *Non orbis gentem, non urbem gens habet ulla,
Urbsve domum, Dominum non domus ulla, parem.*

en medio de las plantas¹; y ambos enriquecen la memoria de un gran número de amantes de las letras. Citense cuatro líneas latinas de tanto nervio, producidas por Port-Royal en todo el curso de su molesta existencia, y consiento en no leer jamás sino las obras de esta escuela. — Pero la comparación no debe salir de los libros elementales, porque si se hubiese de extender á las obras de un orden superior, sería ridícula. Toda la erudición, la teología, la moral, la elocuencia de Port-Royal se empañan á la vista del *Plinio de Hardouin*, de los *Dogmas teológicos de Pétavio*, y de los *Sermones de Bourdaloue*.

¹ *Vitales inter succos, herbasque salubres
Quam bene stat populi, vita salusque sui!*

Ignoro si aun subsisten estas bellas inscripciones, y aun ignoro si se emplearon para su objeto; más son harto bellas para haber sido despreciadas.

CAPÍTULO IX.

PASCAL CONSIDERADO BAJO LOS TRES RESPECTOS DE LA CIENCIA, DEL MÉRITO LITERARIO Y DE LA RELIGION.

Port-Royal tuvo, sin duda escritores apreciables, pero en muy corto número; y los poquitos de este pequeño número no se elevaron jamás, en un círculo bien reducido, mas allá de la excelente medianía.

Solo Pascal forma una excepcion: mas, ¿y qué? nunca se ha dicho que Píndaro, aun dando la mano á Epaminondas, pudiese borrar en la antigüedad la expresion proverbial de *el aire espeso de Beocia*. Pascal pasó cuatro ó cinco años de su vida dentro de los muros de *Port-Royal*, haciéndoles honor, y sin deberles nada; mas aunque no pretendemos en manera alguna oscurecer su mérito real, que efectivamente es grande, es preciso tambien confesar que ha sido excesivamente alabado, como siempre sucede á todo hombre cuya reputacion pertenece á una faccion ó secta. Yo no puedo inclinarme á creer, «que en ningun tiempo ni en ningun pueblo haya existido un genio mas grande que Pascal¹;» exageracion visible que perjudica al mismo que tiene por objeto, en vez de engrandecer su opinion. No pudiendo juzgar como geómetra, me atenderé sobre este punto á la autoridad de un hombre en extremo superior á Pascal por la admirable diversidad y profundidad de sus conocimientos.

¹ *Discurso sobre la vida y las obras de Pascal*, pág. 139, al frente de los *Pensamientos*: París, Renouard, 1803, en 8.º, t. I. Habiendo hecho los matemáticos un paso inmenso con la invencion del cálculo diferencial, la asercion que coloca á Pascal sobre todos los geómetras de esta nueva era, desde Newton y Leibnitz hasta el Sr. La Place, me parece por lo menos un error grave. Diganlo los verdaderos jueces.